

NOTAS, RESEÑAS Y EVENTOS

---

**MÁXIMO GÓMEZ. HOMBRE DE LAS ANTILLAS**

**Dr. Joel James Figarola\***

RESUMEN

Desde hace más de medio milenio el Caribe es una encrucijada del Planeta en la cual se miden fuerzas y se dirimen contradicciones. En donde, como dijera José Martí, se resuelven –se resolvía ayer y se continua resolviendo hoy- el equilibrio del mundo.

Acertadamente el doctor Armando Hart ha definido el Caribe como “síntesis de la humanidad”. Esa síntesis, construida con mucho sudor, sangre y dolor; con mucho despliegue de la injusticia, el abuso y la explotación, ha dado a luz en estas “dolorosas islas del mar” que son las Antillas, un tipo humano portador de una cultura de libertad y de justicia. De abnegación y solidaridad. De voluntad de llegar a los alcances más genuinos contenidos en la existencia. Máximo Gómez, a no dudar, pertenece a esta estirpe y propongo que la mejor manera de llegar a él es a través de su Diario de Campaña en el cual la identificación de propósito y acciones entre los pueblos dominicano y cubano emerge como un ejemplo, y un objetivo, de antillanismo.

PALABRAS CLAVES

*“Síntesis de la humanidad”, “dolorosas islas del mar”, equilibrio del mundo, cultura, Caribe, solidaridad.*

---

\* Director de la Casa del Caribe. Santiago de Cuba. Cuba

Según Griñan Peralta, quien se acercó con ojo penetrante a la Personalidad del Jefe del Ejército Libertador cubano en la guerra del 95, no era precisamente el carácter de Máximo Gómez el de un hombre de acción. Resulta sorprendente que se haga tal afirmación relativa a alguien que durante catorce años peleó con las armas en la mano contra uno de los más numerosos, fuertes y crueles ejércitos coloniales que haya disputado pedazo alguno de la tierra americana en cualquier momento; pero si nos acercamos al Diario del Generalísimo con cuidado nos daremos cuenta que la aseveración de Griñan no es el único elemento contradictorio que puede ser encontrado y extraído del testimonio escrito por Gómez sobre su propia vida.

El Diario de Campaña es, de principio a fin, un libro lleno de misterio; pero no de misterio en la connotación más inmediata que pueda tener el término, sino de misterio en el sentido de que encierra toda la hondura de una vida perfectamente humana, pese a haber transcurrido en medio de situaciones poco comunes; y de misterio además porque, sin abandonar los atributos del hombre natural, posee la cualidad excepcional de dar a través de esa, su vida común, igual a todas, las vidas de todos los que le rodeaban y aun diríamos que la vida de muchos de aquellos que hubieron de seguirle en el tiempo. Posee la vida de Gómez, encerrada en su Diario, el misterio de la unión de la biografía con la historia.

Claro que esta peculiar coincidencia no puede realizarse fácilmente; desea Gómez profundamente una existencia doméstica y una y otra vez tiene que sacrificar la familia para guiar al pueblo; odia la guerra y tiene que construirla y dirigirla; a lo largo de su vida se teje una pesadísima urdimbre de dolorosos fracasos personales, grandes y pequeños, y finaliza conduciendo un ejército a la victoria; centenares de combates en primera fila lo perdonan y muchedumbres que pugnan por saludarle le aceleran la enfermedad que lo conduce a la muer-

te. No conocemos otro testimonio autobiográfico en la historia de nuestra literatura que se aproxime más a la condición de totalidad que el Diario de Campaña del General en Jefe; comienza al inicio de su adultez y finaliza pocos años antes de morir. En los treinta años que abarca se contiene todo el proceso de independización de la isla con respecto a España y la consumación de la asechanza imperialista sobre nuestros destinos; General del ejército mambí desde los primeros momentos, Gómez sería actor principalísimo de la situación coyuntural más importante de toda nuestra historia.

Claro, que no era sólo la lucha contra el dominio español; la concentración de notables masas humanas, los soldados y las familias que buscaban a la sombra de las columnas insurrectas salvarse de la vesania española, lo escaso de la alimentación y lo difícil de las medicinas, inauguraban en los campos de la isla epidemias en grado desconocido hasta entonces: “[...] el 20 se acampó desde Los Berros hasta Samá, allí permanecimos atacados del cólera hasta el 28 [...]” Cerca de treinta años más tarde aún estaría fresca en su memoria la imagen de cientos de combatientes que iban marcando la marcha de la columna de Mármol hacia el norte, en espera de una expedición que no llegó, echados sobre el suelo presas de las convulsiones del vómito negro. Así se lo contaría a Martí.

Los contradictorios elementos sociales y políticos desencadenados en Yara se baten y entrechocan con una furia desconocida, y no vuelta a repetirse, con ribetes casi de movimientos telúricos. Luego, como si el turbión insurrecto encontrará al fin un curso estable, apunta: “[...] me ocupo de organizar las tropas para invadir Guantánamo- una parte se encuentra ya en la Loma de la Galleta”. Y esa porción del ejército que se encontraba allí, en la zona montañosa al Este de la Gran Piedra, al mando de Maceo y antes de que Gómez terminara la concentración planeada, vencería al batallón de San Quintín

encabezado por Martínez Campos. Era el seis de julio; en los mamarrachos de Santiago de los días veinte, los relacioneros representarían en plena calle, a la vista de las autoridades españolas, con el primitivo lenguaje teatral que poseían, la singular victoria insurrecta.

Del ocho de junio del 72 al once de junio del 73, permanece un año sin mando y se mueve por el territorio oriental apenas con 16 hombres pero sin abandonar el enfrentamiento directo con el español, a veces con únicamente su maltrecha tropa y en otras ocasiones acompañando a diferentes jefes, en particular a Calixto García, en movimientos y combinaciones de mucha importancia como el ataque a Holguín en diciembre del 72: “Fui un tiempo –dice- como el cacique indio, dueño y señor de mis montañas”.

Como Secretario de la Guerra durante el Gobierno que sustituyó a la interinatura de Spotorno, se entrega primero a la tarea de atajar la creciente fragmentación del campo insurrecto y resulta luego testigo angustiado de las negociaciones que conducen al Zanjón. A ratos parece que se desconcierta, que no sabe hasta dónde realmente debe o puede hacer sentir su ascendencia y autoridad; el conflicto de su nacimiento y su naturalización, su doble oriundez, lo arrincona y lo inmoviliza

Desde el 78 al año 84, hay dos momentos distintos en esa su primera parte del exilio; uno espantosamente cruel en Jamaica: mi situación era tristísima; no cuento aquí con ningún amigo y antes por el contrario, la inmigración cubana residente me acusa de que yo soy el causante del Convenio del Zanjón –y como acontece siempre, pues así es la humanidad- toda esta gente en su mayoría es incapaz de hacer nada grande por su Patria, y solamente por haber contribuido con algunos chelines y gritar desde playas extranjeras ¡Muera España! se han creído con derecho a que unos pocos le diéramos a Cuba Libre [...] De aquí que yo sea en estos mo-

mentos el blanco de sus iras y desprecio, porque ha terminado la lucha [...]

Sacrificando mi familia y mis mejores años de juventud. He salido pobre de la guerra, un miserable, hoy no tengo ni un pedazo de pan para los míos y ni salud para poder trabajar con esperanzas.

Día 25, salgo a pie Sixto Toro [...] con la hamaca al hombro nos dirigimos a Morgan, para ver si encontramos por allí una estancia que arrendar.

Unos pocos días después una nota que aún estremece leerla: “Entro a trabajar el día catorce de mayo- a un real diario y la comida”.

De enero del 84 a mayo del 86, durante año y medio, se empeña en encender nuevamente la guerra en la Isla. Al principio parece que todo se va a resolver favorablemente; la inmigración obrera de Cayo Hueso reúne en poco tiempo veinticinco mil pesos; se acopian cuantiosos recursos de guerra que embarca a través de su primo, Cónsul dominicano en Nueva York, hacia Santo Domingo donde su otro primo Billini es Presidente de la República, y recibirá oficialmente el cargamento de armas para luego remitirlo a Cuba. Nunca hubiese comenzado una acción insurrecta con mejores augurios; sin embargo, Billini es depuesto, Luperón y Lilis devienen en los personajes políticos decisivos en la isla y cuando Gómez se traslada a su país de origen a procurar rescatar las armas cubanas guardadas en los mismos arsenales del ejército dominicano, uno de los dos –o los dos probablemente- temen que sean utilizadas en la política quisqueyana en lugar de aplicarse a la independencia de Cuba y el Generalísimo terminará en la cárcel.

De junio del 86 a septiembre del 92, la familia, al comienzo, vive nuevamente en Jamaica y él busca empleo en las

obras de la construcción del canal de Panamá por la compañía de Lesseps.

Tiene más de cincuenta años y no es buena su salud ni suficiente el dinero que obtiene. En noviembre del 86 logra establecerse precariamente con su familia como plantador de tabaco en las cercanías de Montecristi. Allí el once de septiembre del 92, D'mso-spacerun: recibe una visita:

Llega aquí a "La Reforma" el señor José Martí, Delegado del Partido Revolucionario Cubano, que viene a conferenciar conmigo sobre asuntos de la misma Revolución que se organiza. Le he ofrecido mi concurso, en todo y para todo lo que se me considere útil, prometiendo servir a esa Revolución, con el mismo desprendimiento, desinterés personal y lealtad con que la serví en el 68.

[...] Martí viene a nombre de Cuba, anda predicando los dolores de la Patria, enseña sus cadenas, pide dinero para comprar armas; y solicita compañeros que le ayuden a libertar, y como no hay un motivo, uno sólo, por qué dudar de la honradez política de Martí, yo sin tener que hacer el menor esfuerzo, sin tener que ahogar en mi corazón el menor sentimiento de queja contra Martí, me he sentido definitivamente inclinado a ponerme a su lado y acompañarlo en la empresa que acomete. Así pues Martí ha encontrado mis brazos abiertos para él, y mi corazón, como siempre, dispuesto para Cuba.

Este es, con toda seguridad, el momento más importante del Diario como historia y como literatura. El acto de unión de Gómez y Martí, constituye la fusión definitiva de los elementos integrantes de la nacionalidad cubana; el proceso jalonado durante los Diez Años alcanza su más alta cristalización ese día de septiembre del año 92.

Gómez, que aún tiene fresco el recuerdo de las injustas imputaciones posteriores al Zanjón, que apenas ayer ha fraca-

sado en una renovada intentona, siente que Martí es portador del reinicio, pero de un reinicio diferente que lo lleva a él, a Gómez, no a tomar en sus manos la dirección del esfuerzo sino “a ponerse a su lado, a acompañarlo en la empresa que acomete”. Ya desde ese primer momento el Generalísimo penetra el profundo significado de aquel hombre que ha venido a visitarlo en su campo dominicano, para la historia de Cuba. De alguna manera la fácil identificación entre uno y otro es posible porque ambos participan de la condición de que sus biografías y la historia de Cuba coinciden; sólo que las líneas excepcionalmente claras en este caso del Diario de Gómez nos dejan entrever que él piensa en término de relevo, de sustitución, de que ha venido a quedar, por así decirlo, en un plano de subordinación.

Está dispuesto a acompañarlo en una empresa que hasta ese momento era a él, a Gómez, a quien se veía como el conductor y ejecutor natural; no hay pesadumbre ni amargura en ello, sino por el contrario, complacencia tranquila y seguridad. “Esta guerra, General, -le escribe Gómez a Maceo- la haremos usted y yo, pero será la guerra de Martí”.

De septiembre del 92 a abril del 95, todo se sucede con una velocidad caleidoscópica; los contactos con los jefes de la guerra anterior en el extranjero, las órdenes a los que residen en Cuba, las comisiones que entran y salen de la isla, el viaje a Nueva York, la entrega del hijo Panchito a Martí -y qué profundo sentido el que luego este muchacho fuese entregado a Maceo y muriese con el Lugarteniente en Punta Brava-. El fracaso de Fernandina, la busca final de la tierra cubana.

Entonces la prosa cortante se hace fluida, casi virtuosa: Son las ocho de la noche, nos encontramos a tres millas de la costa sur de Cuba, no muy lejos del puerto de Guantánamo. La noche es tenebrosa, el mar se siente agitado, la oscuridad es tal que el mar parece un negro manto funerario donde nos

debemos envolver para siempre. Ni una estrella alumbra el firmamento. El chubasco se afirma. El vapor se detiene un momento y rápidamente se descuelga un bote, se carga de armas y pertrechos y caen dentro de él seis hombres que cualquiera diría que eran seis locos.

Se va en el acto el vapor y quedamos desamparados, envueltos en aquella pavorosa atroz. Ninguno de los seis somos marinos, y con todo echamos manos a los remos. Martí y César a proa reman muy mal, pero a la desesperada; los demás al centro, yo he agarrado el timón que apenas lo entiendo que al fin se zafa y se pierde.

La oscuridad es profunda y el chubasco arrecia. Hemos perdido el rumbo y no podemos divisar bien la tierra. Dos hombres en tierra, que nos figuramos pueden ser guardias españoles, nos marcan nuestro rumbo, y para allí con trabajos y fatigas inauditas nos dirigimos. La Providencia no nos desampara; el chubasco calma, la noche se aclara y la luna empieza a alzarse por oriente.

Ya seguimos bogando con más maestría. Yo y el Brigadier Borrero de un remo hemos hecho timón y ayudamos, empujando, a dirigir la embarcación con muy buenos resultados.

Ya son las diez de la noche y nos hemos podido pegar a tierra –pero el desembarco no nos fue posible, pues son peñas cortadas a cantos que se elevan de manera brusca y donde el mar combate con furia- y seguimos costeano un poco. La fortuna nos depara un recodo. “La layita”.

Allí dirigimos nuestra embarcación y como por encanto nos encontramos en tierra; casi de la misma embarcación pasamos a la orilla de Cuba a las 10 y media de la noche del día 11 de abril.

Luego en mayo de ese año:

[...] el 19, a la Vuelta Grande, en donde encuentro al Ge-

neral Bartola Masó con más de 300 jinetes – y Martí y mis ayudantes. Pasamos un rato de verdadero entusiasmo.

Se arengó a la tropa y Martí; habló con verdadero ardor y espíritu guerrero [...] Dos horas después, nos batimos a la desesperada con una columna de más de 800 hombres, a una legua del campamento de Dos Ríos. Jamás me he visto en lance más comprometido – pues en la primera arremetida se barrió la vanguardia enemiga, pero enseguida se aflojó, y desde luego el enemigo se hizo firme con un fuego nutridísimo; y Martí, que no se puso a mi lado, cayó herido o muerto en lugar donde no se pudo recoger, y quedó en poder del enemigo. Cuando supe eso avance solo hasta donde pudiera verlo. Esta pérdida sensible del amigo, del compañero y del patriota; la flojera y poco brío de la gente, todo eso abrumó mi espíritu a tal término, que dejando algunos tiradores sobre un enemigo que ya de seguro no podía derrotar, me retiré con el alma entristecida.

No hay en todo el Diario un momento en que se sienta a Gómez tan desconcertado, tan inseguro al dar – y está dando para sí una versión coherente de lo que sucede. En la misma página alega diferentes explicaciones de la muerte del Delegado del PRC: “No se puso a mi lado”, “me había abandonado y se encontraba solo con un niño que jamás se había batido”, “le ordené que se quedase atrás pero no quiso obedecer mi orden”. Es la amargura del hombre que vuelve de pronto a sentirse solo; antes, a lo largo de la marcha de Playitas a Dos Ríos, han atravesado las montañas como jugando; Gómez se asombra de la presencia de ánimo de Martí y la identidad de Montecristi se corrobora en la manigua: “Nos admiramos, los viejos guerreros acostumbrados a estas rudezas, de la resistencia de Martí que nos acompaña sin flojeras de ninguna especie, por estas escarpadísimas montañas”. El 18, grado a Martí de Mayor General”, “Martí al que suponíamos más débil por

lo poco acostumbrado a las fatigas de estas marchas, sigue fuerte y sin miedo”.

De Dos Ríos sigue Gómez hacia el Camagüey; detrás deja miles de hombres en una franca operación ofensiva contra España; apenas le acompañan una veintena de soldados bisoños, luchando contra una primavera que se presenta este año con una frondosidad de aguas poco acostumbrada. Delante, al final de la marcha, en el Camagüey, no hay todavía ninguna seguridad de respaldo; en realidad él va a alzarlo. La etapa la abre la muerte de Martí y la cierra la de Paquito Borrero frente a Altagracia. A dos meses apenas por Playitas ya han muerto dos de los seis expedicionarios; a la guerra, en definitiva, sólo la sobrevivirán dos: el propio Gómez y el negro dominicano Marcos del Rosario.

Los apenas 22 días que abarca el período que se inicia el 19 de mayo, están preñados de adversidad; tal parece como si con la muerte de Martí se hubieran desatado las fuerzas de todos los designios contrarios a Gómez y a la independencia. Del 19 al 23 de mayo el Generalísimo se mantiene rondando al enemigo que lleva consigo el cuerpo del Delegado del Partido Revolucionario Cubano sobre cuya suerte todavía Gómez no tiene una clara confirmación. Después la marcha hacia el Camagüey tiene todos los colores del tormento: “apenas me acompañan 25 hombres, que ya, por dos ocasiones, han querido abandonarme”, “voy enfermo, apenas puedo mantenerme a caballo, sufro un catarro terrible, y con fiebre; mi vieja capa raída apenas me salva de las aguas torrenciales que nos azotan”, “el 28, ha la Tranquera, me siento muy mal. El 29 he tenido que hacer un gran esfuerzo para montar, y para mayor fatalidad el Salado hondo, y es preciso pasar hombre por hombre en una canoa y los caballos a nado; esta operación que nos ha hecho consumir tres horas, ha sido un martirio para mí, pues vamos marchando

con el agua en el estribo”; “día 30, he pasado la noche más cruel de mi vida”.

Porque esos 22 días son recibidos por nosotros en una doble dimensión, como enlazamiento del curso personal quebrantado en el 78 y como cumplimiento de las obligaciones contraídas con el que acaba de caer abatido. Va hacia Camagüey, pese a la oposición de la fortuna más que de las combinaciones militares de Martínez Campos, a ponerse al frente de la Revolución de manera real y a convocar la Asamblea Constituyente, tal cual era el propósito de Martí.

El hecho de que Gómez sea el único militar del 68 y uno de los pocos del 95 capaz de pelear en territorios no reconocidos a priori, no es solo el resultado de su acabada experiencia profesional, sino también el reflejo de toda una concepción suya sobre la existencia; de igual forma en la narración del Diario lo conocido y lo desconocido se acercan hasta el punto de borrar sus diferencias; lo desconocido se equivale a lo no conocido aún; a lo que espera por el acto del conocimiento y nunca se entiende como lo no susceptible de ser reducido por el conocimiento. Esta asimilación de opuestos no implica la inexistencia de asombro, todo lo contrario; en las mil peripecias de las dos guerras, en el prolongado deambular por el Caribe durante el exilio, el Diario nos da muchas veces a Gómez en actitud de asombro tal como sucede con el combate de Palo Seco en el 74-, pero este asombro no se traduce en desconcierto ni es tampoco susceptible de entenderse como sorpresa, sino debe recibirse sólo como admiración o deslumbramiento, con lo cual el asombro no es hacia lo desconocido como concepto relativo al futuro, sino hacia lo que sucede en el presente sin elemento referencial antecedente.

Este principio de asimilación de lo desconocido por lo cotidiano conforma una determinada posición ante la muerte, no ya hacia el riesgo de su muerte, que no aparece en ningún mo-

mento en toda la extensión del Diario, sino hacia la muerte de los seres queridos: “Nació Andrés, a las 2 de la mañana del 1 de Febrero de 1872” nos dice en una ocasión y más adelante nos señalará:

“Falleció Andresito el día 4 de enero de 1873”. Ya en Honduras en 1882, nos dirá: “Mi hijo Andresito ha muerto, y cuando menos esperaba yo [...] en mi casa un acontecimiento de esta clase [...] El niño se sintió indispuerto el 15 y el 16 expiró. Se supone que fue un ataque a causa de las lombrices”.

No es insensibilidad lo que el laconismo de estas brevísimas líneas evidencian; si nos fijamos en algunos indicios el dolor tuvo que ser muy profundo; el que nace es Andrés, no un simple niño sino un ser al que no se le concede con el nombre un sentido de existencia, de adultez anticipada; el que muere en el 73 –apenas un año después de haber nacido– ya es Andresito y Andresito volverá a nombrar al vástago que viene como a llenar la ausencia de desaparecido en la manigua pero también desaparecerá él, sólo que en la hostil selva hondureña. Recién desembarcado en Cuba en abril del 95, al reunirse con la tropa de José Maceo, le refieren el encuentro sostenido días antes y apunta: “En cambio un claro sensible se ha abierto en nuestras filas en la sangrientas jornadas del día 25. El valiente Alcíd Douvergé, uno de los Jefes más intrépidos de los naturales de Guantánamo, fue muerto en tan rudo combate” Tanto la muerte de José como de Martí, como lo vimos, lo sacudirán rudamente, en medida tal que él mismo se percatará de lo poco acostumbrado a la violencia, pero es solamente la muerte de Panchito junto a Maceo la que lo removerá en los cimientos, la que es recibida por nosotros como si se fuera por encima de su capacidad de asimilación, de su estatura; sin embargo, no sucede esto porque fuese el hijo; él mismo nos dirá la razón claramente:

¡Un machetazo! Sí, ese golpe tajante, sobre el cadáver de; aquel niño valeroso, tendido sobre el campo de Punta Bra-

va, no lo olvidaré yo nunca. Ese destrozo infame, esa mutilación del cadáver de aquél héroe, tendido en los brazos del otro héroe muerto también, no lo puedo yo olvidar nunca. Esa profanación sangrienta con aquellos restos que merecían respeto, no la puedo yo perdonar jamás [...] Contrasta aquí de manera tristísima para los españoles, la figura alta del Coronel Jiménez de Sandoval, en Boca de Dos Ríos, en Santiago de Cuba, al descubrirse ante el cadáver de José Martí y la talla de Cirujeda en Punta Brava, mutilando el cadáver de Francisco Gómez [...] No me pesa, no, haber sido en esta guerra siempre clemente con los españoles que han caído en nuestro poder y así seguiré siéndolo pues yo no puedo imitar a los asesinos de nuestros hijos. Pero siento en mi pecho palpitar un sentimiento de venganza, no por la muerte de mi hijo, pues a la guerra se viene a morir, sino por la mutilación, por la profanación de su cadáver.

Máximo Gómez tenía la curiosa cualidad de abarcar a un tiempo el ejército y los soldados. La dirección de tropas numerosas, las combinaciones difíciles, las tenacidad de la persecución enemiga e incluso la inexpresa oposición de sus subordinados a iniciativas o medidas cuyo alcance no lograban comprender, no le impiden que siempre tenga presente al soldado singularmente considerado y que ese soldado, a quien había que tratar con la inflexibilidad de una disciplina templada al rojo, porque al rojo vivo era la guerra aquella, en última instancia era un hombre.

Puede aducirse en contra de lo que argumentamos que no hubo jefes en ninguna de las dos guerras que tuviese una fama más extendida de severo y riguroso y sería cierto. Pero no se puede perder de vista que el sistema de exigencia por él establecido lo tenían a él mismo como punto inicial y la severidad que conduce incluso al castigo por faltas que pudieran considerarse de menor importancia, se revertía en un menos y más

certero sentido de la acción colectiva, en una más expedita relación entre los medios y los subordinados, cosas todas que se traducían en una mayor seguridad de los soldados en la campaña.

Los juicios que el diario nos ofrece sobre el doctor Luasés las páginas que dedica Gómez en su hermoso relato sobre Eduá, pobre negro esclavo para quien la libertad parecía haber llegado demasiado tarde y que en medio del bosque, olvidado de todos, incluso del propio Gómez, cumplía la orden –sin echar a ver el tiempo transcurrido- que el General le había dado en un momento de la marcha, y luego resultaría un utilísimo colaborador; la narración de Palo Seco en la cual la penetrante pupila humana del Generalísimo involuntariamente se impone al ojo del jefe militar en medio de la batalla, y dentro del heroísmo y la magnitud gloriosa del combate comprende, se da cuenta en toda su callada pero formidable dimensión, el papel jugado por el guía cubano prisionero de los españoles, que engañaban al Coronel Vilche tentándole con el cebo del botín capturado por Vicente García en La Zanja y trasladándolo luego a un lugar en el cual él sabía que las armas ya no estaban; todos esos lugares de su prosa de campaña nos revelan la capacidad de conocer al hombre dentro del soldado y revela también que hasta la lucha que encabeza la comprende sólo en tanto que realización para esos hombres. En el retrato del hombre por excelencia, los héroes son hombres corrientes que probablemente de ser otro el narrador hubieran quedado desconocidos para la historia.

Luego del Zanjón sus ayudantes Polo y Simón le dirán: “nosotros somos solos en el mundo, nos vamos con usted”, y serían de los pocos que lo acompañaran en el cruel inicio del exilio en Jamaica. De hombres como Polo y Simón, “solos en el mundo”, sin ninguna referencia patronímica, negros cimarrones, fugitivos o apalencados, pobres campesinos en otras

ocasiones, mujeres casi niñas que sabe asesinadas por el español, una muchacha que ve un día en Guisa en los inicios de la guerra grande y se le prende del recuerdo durante veinticinco años y la vuelve a ver ya anciana en Cayo Hueso, rodeada ella de hijos que él pone a cabalgar sobre sus rodillas; de seres así, productos naturales de nuestro pueblo, están llenas las páginas del Diario de Campaña de Gómez. El testimonio total de nuestra marcha independentista, está construido con relatos sobre hombres corrientes y la hazaña de la formación de un pueblo se cuenta a través de las vidas comunes, anónimas, de la generalidad de sus integrantes.

En noviembre del 74, luego de las grandes batallas en el Camagüey, nos dice el Diario: “[...] viene el Teniente Coronel español Virué que con objeto de querer saber de los restos de un hijo suyo muerto en Las Guásimas, se ha confiado a nosotros. Se le recibe bien y se le trata como a caballero”. No es solamente hacia el Coronel español las consideraciones, sino hacia el padre que busca el cadáver del hijo y todavía más hacia el propio enemigo muerto. Si comparamos estas notas con las de diciembre del 96 comprenderemos como el machetazo en el cráneo de Panchito debió herir a Gómez profundamente.

Ahora bien, esta concepción del hombre como propósito último de todos los esfuerzos no está solamente dada en el contenido humano de una férrea disciplina militar, ni en su capacidad para apreciar y valorar los hombres sencillos en medio de las situaciones magnas, ni en su respeto al enemigo muerto. Está dada, sobre todo, en su sentido de la acción callada. En vano se buscaron a lo largo de todo el Diario y de los escritos paralelos a éste, referencias que entrañen autoevaluación o, siquiera, satisfacción por lo hecho. Apenas algunos trazos señalan el lugar y la fecha de las situaciones que lo cubrían de gloria; cuando el relato se hace amplio, otros y no él aparecen como los más merecedores del reconocimiento.

Aún cuando este sentido de la acción callada puede resultar en alguna medida de la tendencia a reducir a la cotidianidad que alcanza tanto las derrotas como las victorias, tiene dentro de la prosa de Gómez personalidad propia como uno de los conceptos básicos que sostienen su relato. Este sentido de la acción callada encierra la idea del pueblo como destinatario final de todo lo que se realiza y al mismo tiempo contiene un concepto del deber. Pero tanto lo uno como lo otro no se concilian ni se resuelven en una composición maniqueísta del mundo, tanto más notable cuanto el que suscribe es un guerrero en medio de una de las más crueles contiendas que haya conocido el mundo moderno. Hay compatriotas y enemigos, pero el bien y el mal no están distribuidos polarizadamente; al enemigo se le combate y se le combate con las maneras más eficaces posible e incluso se le combate sin cuartel, a muerte; porque sin cuartel, a muerte, sin esperanzas de prisioneros, combatían los españoles y los cubanos necesitaban contestar al terror con el terror como una forma de autodefensa. Pero también se combate sin cuartel y a muerte las miserias que existen dentro del propio campo insurrecto y cuando hay que fusilar a un General como Roberto Bermúdez, punta de vanguardia de la invasión, no por traidor, que no lo fue, ni por cobarde que no lo había sido nunca, sino por asesino, se le fusila.

Al comienzo de estas consideraciones sobre la prosa de campaña de Máximo Gómez decíamos que hay más de un punto en el Diario que se presenta como contradictorio con el conocimiento que tenemos de la vida del Generalísimo.

Dentro de este contexto pudiera apuntarse el pesimismo que transpiran las páginas del documento desde las primeras anotaciones en octubre del 60 hasta las últimas en enero del 99.

No nos presenta el Diario la imagen de un hombre que sostenga, digamos, una visión alegre de la vida, sino por el

contrario nos proporciona la figura de alguien vuelto sobre sí, incisivo en sus relaciones con los demás, inclinado siempre a valorar preferentemente los aspectos desfavorables de las situaciones que los favorables.

Decimos que este pesimismo es contradictorio en Gómez, porque Gómez es fundamentalmente un triunfador. ¿Dónde puede estar la clave que descubra la razón de este pesimismo? Martí, al invitarlo a encender de nuevo la llama de la guerra en Cuba, le habla como retribución a sus servicios de “la ingratitud probable de los hombres”.

Es Gómez un triunfador, pero también es alguien que ha visto cómo los triunfos más altos pueden venir a tierra por intereses personales, egoísmo, ambiciones, mezquindades de toda laya: “Cada día me convenzo más –nos dice- de que hasta el amor cantado por la madre, meciendo a su hijo en la cuna, con ese amor santo, puede tener mucho de interés y de egoísmo”.

Su pesimismo nace de su sentido de la acción callada y de su idea del hombre como razón suprema de todos los esfuerzos; es pesimista porque allá, en el fondo de sus intenciones más íntimas, aspira a modificar al hombre mismo, a humanizarlo. Es pesimista porque no se conforma con el hombre tal cual es y tal cual él lo conoce. Resulta de un significado peculiar que quien quiera humanizar al hombre, recurra como procedimiento a la guerra; para cambiar al hombre tiene que cambiar las condiciones en que el hombre vive y este cambio obliga a la guerra. Quien por piedad prolonga los males humanos –entendía Martí- por no llegar a la guerra cuando únicamente la guerra puede ayudar a aliviar los males humanos, no es un hombre piadoso. Pero además la guerra posee por sí misma la cualidad de mejorar al hombre, cuando es una guerra justa y necesaria” como fueron las dos guerras de independencia cubanas:

Nadie más que nosotros mismos que sobrellevamos la vida azarosa de una guerra como la que hace cinco años venimos sosteniendo, puede formarse una idea de cómo se regeneran las costumbres de un pueblo, por medio de una guerra que lo haga independiente. Cómo se nota que cada individuo se respeta a sí mismo y el orden y la moralidad que reina en el seno de las familias [...]

La idea del destino o finalidad se corresponde con la de compromiso por selección propia, pero un compromiso tal que no es susceptible de ser abandonado sin que lesione la naturaleza misma de lo personal. Es decir, la selección se hace a partir del ejercicio de la propia libertad, pero una vez realizada no puede abandonarse sin que tal abandono conlleve la mudanza de la identidad personal misma

El compromiso por otra parte, equivale al concepto de misión que se entiende claramente como la independencia de Cuba: “[...] como yo no he venido –nos dice- aquí más que a ayudar a la guerra, creo cumplida mi misión cuando ésta ha terminado por parte de los cubanos”, con lo cual el compromiso –concebido como misión-, adquiere una característica nueva de un compromiso con la independencia de Cuba en tanto que los cubanos luchan por la independencia de su país, con lo cual se traduce como compromiso con el pueblo o como misión de servicio al pueblo.

Tomando no las referencias textuales del Diario a este asunto, sino lo que el Diario en su conjunto, por sí mismo significa, la idea de destino o finalidad trasciende como compromiso con la historia, como inevitabilidad de actuar en el sentido de lo que se considera que tiene que suceder por razón de justicia. El compromiso de Gómez pertenece entonces a lo que él en algún momento denominaría “lo grandemente misterioso de las revoluciones que libertan a los pueblos” y expresándose como compromiso con la historia de Cuba, a través de un

compromiso con el pueblo cubano, retorna hacia la forma más simple pero que al mismo tiempo constituye su forma más esencial, de compromiso de Gómez con el propio Gómez.

Probablemente pueda hablarse de una voluntad teleológica, empeño en darle a la independencia de Cuba rango de finalidad a ultranza, no expresa sino inferible en el Diario. No puede pasar inadvertido que Gómez es el veterano del 68 que menos estabilidad o arraigo obtiene en todo el transcurso del exilio entre las dos guerras; en cierta forma su permanente poca fortuna lo sitúa como desasido de cualquier propósito o lugar con algún perfil de durabilidad, lo mantiene como trasahumante, como nómada en espera o búsqueda de su verdadera y única zona de estar: la guerra por la causa cubana.

Así visto, “lo misterioso de las revoluciones que liberan a los pueblos” que señala Gómez, resulta en lo misterioso de la unión de su biografía con la historia de Cuba, que a su vez se traduce en lo complejo de la formación del tejido histórico.

De esta suerte el Diario adquiere una dimensión de intemporalidad, de ausencia de diferenciaciones temporales trascendentes, de presencia en un momento o plano único: el de la fundación, que se equivale a decir el de la definición de la futuridad y del dibujamiento del elemento referencial del pasado, todo ello en un acto inequívoco de presente. Este sentido de intemporalidad, perfila mejor el carácter de totalidad del Diario. Si tenemos en cuenta que la posesión de referencias vitales anteriores y la seguridad de destinos venideros son ingredientes indispensables en la existencia de un pueblo, el carácter de totalidad del Diario se traduce entonces como la crónica más acabada de nuestra formación nacional.

Este alcance del acto de fundación es irrecusable e irreversible: toda emboscada del imperialismo y las corrientes desnaturalizadas internas por absorber la isla en el transcurso de la república, procurarán despojar al pueblo previamente de

sus propósitos de realización y de su recuerdo heroico: toda renovada acometida revolucionaria en cambio, conlleva una readquisición de objetivos por alcanzar y un revivamiento de la memoria separatista.

El Diario de Campaña, en otra dimensión dramática, es el relato del reconocimiento de Cuba por los cubanos; de Cuba en el aspecto físico y en el aspecto humano. En el aspecto físico la isla es reconocida, a pie y a caballo, en las penosas jornadas de las dos guerras en fases sucesivas que se superan unas a las otras hasta culminar con la Invasión del 96, reconocimiento éste de un grado sólo comparable al realizado por los conquistadores iniciales, por Velázquez y Narváez. Este conocimiento provee a los cubanos de un sentido de la totalidad insular no poseído hasta entonces, que se enriquece adicionalmente por el conocimiento referencial que se tiene de la isla con relación a los demás países cercanos del Caribe y el Continente, producto del prolongado deambular en el exilio de los patriotas más distinguidos. En el aspecto humano los cubanos se reconocen por el nivelamiento social que imponen las guerras, por la comunicación e intercambio de colectividades hasta entonces vueltas hacia sus propias regiones; por el dibujamiento, en el campo de batalla y en hostil tierra extranjera, de las especificidades diferenciadoras con el español y con el norteamericano. Ambos conocimientos, el físico y el humano, se traducen entonces en un sentido de totalidad nacional tanto más profundo cuando que en el proceso de independización se fusionan dos generaciones distintas de cubanos. Se produce así el singularísimo hecho de que en presencia de los portadores de la tradición consagrada por la guerra anterior, la tradición vuelve a hacerse materia factual en la guerra nueva; el mito mambí recobra vida en el 95 con los mismos que dieron nacimiento en el 68. Esta curiosa concurrencia obrará sociológicamente fortaleciendo la más genuina personalidad de independentismo y será, en definitiva, una de las principales

razones actuando en contra de la pretensión norteamericana de absorción durante el primer cuarto del siglo actual.

Gómez, su Diario, serán los únicos testimonios con que hasta ahora contamos de tal salvadora circunstancia. Si nos fijamos con cuidado, sucede como si todo este proceso de reconocimiento en lo físico y en lo humano se materializase, obtuviese expresión corpórea, en la propia existencia del Generalísimo. En una secuencia interrumpida, Gómez se va consustanciando con la naturaleza y con el pueblo de Cuba. Es, por una parte, como si el escenario físico de sus batallas se inscribiera en su cuerpo mismo; como si el sol, la vegetación, la lluvia, el suelo de la isla tantas veces recorrido de uno a otro punto cardinal, desbordase el límite de sus sentidos para convertirse en su propio ser:

He vivido 34 meses encima del caballo, mi sueño por la noche se reduce de cuatro a cinco horas y las más de las veces a menos. Mi alimentación es la misma cosa todos los días, carnes sin condimentos y viandas cuando se encuentran. Hace tres días que acompaño la carne con miel de abeja. Siento mi pobre cuerpo cansado de las fatigas y hace muchos días que con el pretexto del frío, mi cama es el duro suelo, suavizado con pajas del potrero donde pastan los ganados. La hamaca no me es ya cómoda, como lo era antes y es que la tierra quizás me llame a su seno.

Es, por otra parte, como si todas las inquietudes, sufrimientos, anhelos y propósitos de todos los hombres comunes del pueblo encontrasen en él una vibración equivalente, compañera:

Aquí se me ha reunido todo un pueblo hambriento y desnudo. La situación es por demás aflictiva [...] la evacuación por parte de los españoles, se hará despacio y cómodamente para después ocuparla los americanos. Mientras tanto a los cubanos

nos ha tocado el descampado y por premio de nuestros servicios, de nuestro cruento sacrificio, el hambre y la desnudez, que hubieran sido más soportable en plena guerra que en esta paz donde no se nos es permitido ostentar nuestros laureles tan bien conquistados [...] no puede haber en Cuba verdadera paz moral [...] mientras dure el gobierno transitorio impuesto por la fuerza dimanante de un poder extranjero y por tanto ilegítimo, e incompatible con los principios que el país entero ha venido sustentado tanto tiempo en defensa de los cuales se ha sacrificado la mitad de sus hijos [...]

En efecto; no habría en Cuba paz ni sosiego mientras durase la tutela norteamericana sobre nuestros destinos.